

César Fornis

El mito de Esparta

Un itinerario por la cultura occidental



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Merry-Joseph Blondel: *Retrato de Licurgo, legislador de Esparta* (detalle). Musée de Picardie, Amiens, Francia.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© César Fornis Vaquero, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-612-6

Depósito legal: M. 20.870-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 A modo de prólogo: un mito construido sobre los hombres, no sobre los vestigios
- 21 1. El nacimiento del mito: laconofilia y sublimación de Esparta entre los griegos de época clásica
- 65 2. El mito se retrotrae en el tiempo: imágenes de Esparta en el arcaísmo griego
- 90 3. La cristalización del mito: Esparta como referente moral en época helenística y romana
- 134 4. El renacimiento del mito: Esparta como modelo político para humanistas, utópicos y monarcómacos
- 155 5. La legitimación del mito: la laconomanía ilustrada
- 190 6. Otras aristas del mito: la impronta de Esparta en la literatura y el arte del siglo XVIII
- 205 7. El mito no referencial: la recepción de Esparta en los Estados Unidos desde los Padres Fundadores a la Guerra de Secesión
- 214 8. El paroxismo del mito: la Esparta jacobina
- 234 9. Hacia el cambio de paradigma en la incipiente historiografía moderna
- 252 10. El rostro más oscuro del mito: la Esparta totalitaria del nazismo

269	11.	Un mito también de género: la idealización de la mujer espartiatá
281	12.	El mito alcanza a los esclavos: apropiaciones del hilotismo por grupos oprimidos
289	13.	El mito en la calle: la recepción de Esparta en la cultura popular
316	14.	El ariete del mito: Leónidas y las Termópilas en la tradición occidental
343		A modo de epílogo: la deconstrucción académica del mito
349		Notas
363		Abreviaturas de fuentes
369		Bibliografía
375		Índice onomástico

*Un libro sobre la memoria de Esparta
no puede sino ser dedicado a la memoria de alguien que,
a su manera, tenía no poco de espartano, mi padre.*

Esparta tuvo un doble efecto sobre el pensamiento griego: a través de la realidad y a través del mito. Ambos son importantes. La realidad permitió que los espartanos derrotaran a Atenas en la guerra; el mito influyó la teoría política de Platón y la de un sinnúmero de subsecuentes escritores. El mito, totalmente desarrollado, se halla en la *Vida de Licurgo* de Plutarco; los ideales que favorece han desempeñado un gran papel en las doctrinas de Rousseau, Nietzsche y el nacional-socialismo. Históricamente el mito es incluso más importante que la realidad.

Bertrand Russell, *Historia de la filosofía occidental*, 1946.

A modo de prólogo: un mito construido sobre los hombres, no sobre los vestigios

En sendos subtítulos de las dos monografías sobre Esparta que he publicado con anterioridad, *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico* (Barcelona, Crítica, 2003) y *Esparta. La historia, el cosmos y la leyenda de los antiguos espartanos* (Sevilla, EUS, 2016), hacía referencia, inevitablemente, a la condición mítica casi inherente al Estado y al pueblo espartanos, que traté de combatir con denuedo en aquellas páginas en un intento de mostrar la realidad de unos griegos que no eran tan excepcionales (si acaso, algo singulares) como se quería. Esfuerzo vano, aunque esperamos que no del todo, porque las preguntas de los alumnos en clase, así como los medios de comunicación y la cultura popular, me hicieron ver que el halo de misterio y de leyenda que parece envolver siempre a los espartanos a lo largo de los tiempos aún seduce, y mucho, manteniendo vivo el mito. Por eso, ya en el segundo libro incluí, como novedad, un

amplio capítulo en el que me asomaba al impresionante legado de Esparta en la tradición, una especie de aperitivo de la obra que aquí se presenta. Más que nunca mito e historia caminan de la mano, inextricablemente, cuando uno se aproxima ya sea a cualquier aspecto o ámbito de la antigua sociedad espartana, ya a la huella que ha dejado en el imaginario del hombre occidental.

En efecto, no ha habido en la Antigüedad, en toda la historia de la humanidad nos atreveríamos a decir, paradigma tan poderoso, tan intenso y, sobre todo, tan perdurable como el de Esparta, al menos colectivamente, como ciudad y como pueblo (en la categoría individual sería difícil quitar la primacía a Alejandro Magno). La percepción de Esparta fue a menudo la de una sociedad modélica, con un ordenamiento perfecto, fuente de inspiración incluso para la construcción de utopías, mientras los espartiatas, es decir, los espartanos de pleno derecho, eran vistos como unos ciudadanos modélicos y virtuosos, esencia del hombre político en sentido aristotélico: aquel que se dedica a «las cosas de la polis», es decir, a los asuntos públicos, los que interesan a toda la comunidad (y no solo la guerra, como se tiende a creer); se potenciaba la imagen de igualdad entre ellos (es lo que significa *hómoioi*, «iguales» o «semejantes»), por más que hubiera unos más iguales que otros, como diría George Orwell. Pero personificaba asimismo al hombre libre *par excellence*, honesto, austero en hábitos y en palabras (tal y como denotan aún hoy, en castellano y en otras lenguas, los adjetivos «espartano» y «lacónico»), adornado solo con virtudes: frente a lo superfluo y artificioso, el espartiatá encarnaba lo esencial, frente a lo apa-

rente, lo auténtico. Y desde la altruista y heroica muerte de Leónidas y sus trescientos elegidos en las Termópilas, Esparta quedó asociada para siempre también a la lucha por la libertad.

En sus ciudadanos y en su forma de relacionarse entre sí, y no en las obras o vestigios que nos han dejado, era donde radicaba la grandeza de Esparta, como refleja muy bien este pasaje de Tucídides, quien escribía a finales del siglo V a. C.:

Si fuera asolada la ciudad de los lacedemonios y solo quedarán los templos y los cimientos de los edificios, pienso que los hombres del mañana tendrían muchas dudas respecto a que la fuerza de los lacedemonios correspondiera a su fama. Pues la ciudad no tiene templos ni edificios suntuosos y no está construida de forma conjunta, sino que está formada por aldeas dispersas, a la manera antigua de Grecia¹.

Y este otro con el que, en la primera mitad de la centuria siguiente, Jenofonte iniciaba su *Constitución de los lacedemonios*:

En otro tiempo advertí que, siendo Esparta una de las ciudades-estado menos pobladas (de ciudadanos), era evidentemente la más poderosa y célebre de Grecia, y me pregunté cómo pudo ocurrir eso. Pero después de reparar en las costumbres de los espartiatas, ya no me sorprendí por más tiempo².

Los sentimientos de ambos historiadores del período clásico no difieren mucho de los que, veinticuatro siglos

después y pasados por el tamiz del Romanticismo, embargaron a François-René de Chateaubriand cuando en 1806 visitó Esparta (entonces parte del imperio turco, como el resto de Grecia) y luego relató sus vivencias en el famoso *Itinerario de París a Jerusalén* (1811):

Las lágrimas inundaron mis ojos cuando los fijé en la miserable cabaña levantada en el paraje abandonado de una de las ciudades más renombradas del universo, ahora el único objeto que señala el lugar donde Esparta floreció, la solitaria morada de un cabrero cuya riqueza consiste en la hierba que crece sobre las tumbas de Agis y de Leónidas.

La tradición antigua, perpetuada de manera constante y pertinaz hasta el presente, atribuyó todo este *kósmos* u «orden» idílico cimentado en un sistema de normas y valores a un legislador de más que dudosa historicidad, Licurgo, quien fue heroizado y objeto de culto en Esparta. La obra de Licurgo, con su pátina legitimadora, se convirtió en la auténtica piedra fundacional sobre la que se construyó la idea, la imagen y la representación de Esparta, o las ideas, las imágenes y las representaciones, porque hablamos de una Esparta poliédrica, dúctil y maleable según quién, cuándo y por qué haga uso de ella. De hecho, quizá la percepción de Esparta que más persiste en la actualidad sea la de un Estado totalitario, militarista y obsesionado con la selección natural, cuando tales rasgos «identitarios» son producto de la apropiación que el nacionalsocialismo alemán hizo de una determinada imagen de Esparta, potenciada e instrumentalizada para sus propios fines por la eficaz maqui-

naria propagandística del régimen. Es, por poner un símil, como si la imagen actual de Roma fuera la Roma de Mussolini.

Estos ejemplos, antagónicos (y casi podría decirse contradictorios), son la mejor prueba de que existen muchas y diferentes vías de captación simbólica de la entidad histórica que fue Esparta. En otras palabras, la Esparta del nazismo es tan irreal como la Esparta de Platón, como denuncia el pasaje de Bertrand Russell que nos sirve de portadilla. Hace casi un siglo que ese fenómeno continuado de distorsión e incluso invención (tanto escrita como visual), cuya finalidad era hacer de Esparta un Estado único, especial, muy diferente de los demás griegos que lo rodeaban, fue atinadamente bautizado por el estudioso francés François Ollier como *le mirage spartiate* («el espejismo espartiate»). Mucho más recientemente, en la introducción de su síntesis sobre los espartanos, Nigel Kennell afirmaba con rotundidad que «en ninguna otra área de la historia de la Grecia antigua existe mayor brecha entre el concepto común de Esparta y lo que los especialistas creen y discuten».

Es esta la razón principal, junto a mi propia curiosidad, la que pesó en mi ánimo a la hora de embarcarme en una obra que, de forma clara y amena, pero sin hurtar los datos provenientes de la investigación más rigurosa, recorriera a modo de itinerario intelectual la proyección ideológica de Esparta en el pensamiento occidental, desde la antigua Grecia hasta nuestros días. Esto quiere decir que el lector tiene en sus manos no tanto un libro sobre Esparta como un libro sobre la idea de Esparta, su recepción en hombres y movimientos (filosóficos, litera-

rios, artísticos, políticos, historiográficos) que han conformado la historia y la cultura europeas, con ribetes de la norteamericana. Filósofos, historiadores, biógrafos, novelistas, dramaturgos, humanistas, utópicos, viajeros, pintores, cineastas, románticos, políticos, nobles y reyes han bebido en las fuentes de esa Esparta intangible, fantasmagórica, que ha impregnado y modelado sus espíritus y, en muchos casos, ha despertado el afán emulador. Porque debemos tener presente que, mientras el liberalismo decimonónico no «descubrió» para el mundo occidental las bondades de la democracia ateniense y depuró en gran medida este régimen de las connotaciones de desorden y de volubilidad de las masas que llevaba aparejadas, fue Esparta quien mejor personificó las virtudes de la civilización griega, una Esparta forjada en gran medida en el taller de Plutarco, el erudito y moralista griego del siglo II de nuestra era. Es sin duda un largo camino el recorrido por esta Esparta modélica, pero es un sendero tortuoso, plagado de tópicos y falacias, que al final no dejan de esconder una Esparta ilusoria. Desvelarlo no supone negar la aportación de Esparta a la cultura y el pensamiento occidentales. Como ha sentenciado un tanto solemnemente Paul Cartledge,

si no hubiera sido por los espartanos, lo que llamamos la «gloria de Grecia» o bien en gran medida no habría tenido lugar en absoluto, o bien habría sido olvidada por la posteridad.

El lector hallará numerosas citas de autores antiguos y modernos, siempre traducidas al castellano, ya que son

sus voces las que configuran y confieren sentido al tema aquí abordado. Para las fuentes clásicas griegas y latinas, cuyas referencias se ofrecen en notas al final del libro, hemos utilizado por lo general las traducciones de la Biblioteca Clásica Gredos, que en ciertos casos pueden estar ligeramente modificadas; de otra forma, son propias o se hace constar en nota el traductor. He tratado de reducir al máximo el empleo de términos griegos, que aparecen transcritos en letra cursiva y acompañados de su significado más próximo.

Finalmente, deseo dejar constancia de que la presente obra se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación HAR2015-63549-P, del Ministerio de Economía y Competitividad, así como de mi agradecimiento a la Universidad de Sevilla por haberme concedido, a través del Vicerrectorado de Profesorado, personificado en el Sr. Vicerrector D. Juan Carlos Benjumea, una licencia septenal durante el año 2018/9 que me liberó de las tareas docentes para concentrar mi esfuerzo en la finalización de este estudio y tener la oportunidad de realizar sendas estancias de investigación en las prestigiosas universidades de Berkeley y Princeton, financiada la primera por la Universidad de Sevilla y la segunda por el Ministerio de Educación.

1. El nacimiento del mito: laconofilia y sublimación de Esparta entre los griegos de época clásica

La sociedad espartana era eminentemente oral, lo que explica en buena medida que no se hayan preservado relatos, discursos o imágenes de Esparta debidas a los propios espartanos. El hermetismo que siempre la rodeaba contribuía también a este silencio voluntario. Las únicas voces autóctonas que han llegado hasta nosotros son las de dos poetas líricos de época arcaica: Tirteo, con sus elegías exultantes de coraje y ardor guerrero, y Alcmán, autor de unos cantos corales para jóvenes doncellas llamados partenios, y eso dando por buena la no del todo segura cuna espartíata de ambos. La diferencia con el visible y palpable patrimonio político y cultural legado por su antagonista ateniense es tan abismal que se ha dicho que, mientras miramos hacia Atenas a través de amplios ventanales, en Esparta apenas echamos un vistazo a través de una mirilla, y cualquier exigua luz que escapa es refractada a través de lentes no espartanas.

En otras palabras, el mito de Esparta emana de autores extranjeros.

En concreto la laconofilia y la sublimación de todo lo espartano emergen en la segunda mitad del siglo V a. C. entre los atenienses críticos con las estructuras democráticas que rigen en su polis, las cuales no satisfacen sus expectativas respecto del conjunto de la ciudadanía, fundadas en una superioridad que entienden no solo es económica, sino también moral. Estos ciudadanos pudientes toman el ordenamiento político y social lacedemonio como punto de referencia para su ideario oligárquico y ven en los espartiatas de pleno derecho el modelo de ciudadanos-hoplitas-propietarios, que al estar liberados de la carga del trabajo gracias a los hilotas y tener prohibidas por las leyes de Licurgo las actividades artesanales y el comercio, podían entregarse a las ocupaciones consideradas dignas, «aquellas que hacen al hombre más libre» (los asuntos cívicos y la guerra, con la caza y el deporte como convenientes adiestramientos para esta última)¹. En una conocida aunque probablemente apócrifa anécdota, Plutarco relata cómo el rey Agesilao II, ante la queja de los aliados por tener que enviar al combate, y por consiguiente a la muerte, a muchos más soldados que Esparta durante la campaña contra los persas, hizo sentar de un lado a los lacedemonios y de otro a sus aliados, después ordenó a través de un heraldo que se levantaran los alfareros, luego los herreros, los carpinteros y así con el resto de los oficios, hasta que prácticamente todos los aliados estaban en pie y solo los lacedemonios sentados, con lo que un irónico Agesilao espetó: «¿Veis amigos cómo nosotros enviamos a la guerra muchos más

soldados que vosotros?»². En síntesis, Esparta hizo una contribución sustancial a la invención del ciudadano ideal en la antigua Grecia, e incluso intentó llevarla a la práctica.

Podemos encontrar un notorio precedente de laconismo en Cimón, hijo nada menos que de Milcíades, el vencedor de la batalla de Maratón, y de la princesa tracia Hegesípila, paradigma de aristócrata entregado a labores evergéticas como forma de sustentar y aumentar su prestigio individual en una sociedad que proclama la isonomía, la igualdad en el disfrute de la ciudadanía, amén de amigo y admirador de Esparta, de quien era *próxenos* (especie de cónsul) en Atenas y en cuyo homenaje llamó a su primogénito Lacedemonio³. Cimón fue el gran dominador de la escena política ateniense en la década de 470 y abanderó una política exterior que preconizaba una hegemonía dual en Grecia basada en la concordia con Esparta y en la lucha constante contra el persa, hasta que en 461 le pasó factura (en forma de ostracismo) el llamado «insulto de Ítome»⁴. Según Plutarco, siempre ponía a los espartanos como modelo de conducta a sus conciudadanos y él mismo «imitaba y encomiaba la temperancia y la prudencia de aquellos»⁵; sospechas de colusión motivaron que el Consejo de los Quinientos le impidiera cruzar armas con los lacedemonios en Tanagra, en 457, para demostrar así su patriotismo, no obstante lo cual aconsejó a un centenar de amigos laconizantes que se batieran con coraje a fin de limpiar las calumnias con sus hazañas, dejando con su muerte un sentimiento de arrepentimiento entre los atenienses⁶.

Como forma de definirse política y socialmente con respecto al conjunto del *dêmos* o pueblo llano, los laco-

nófilos atenienses adoptan los símbolos visuales y las costumbres de los espartiatas: el cabello largo (que les hacía parecer «más altos, más nobles y más fieros»)⁷, la sobriedad en el vestir, la no consumición de alimentos exóticos ni vino en exceso y, en general, una conducta austera en todos los hábitos mundanos. Es lo que se conoce como «dieta» espartana, término que no solamente se refiere a la alimentación, sino a lo que hoy llamaríamos el modo de vida espartano, cuya proyección alcanza hasta nuestros días, en que aplicamos el calificativo de «espartano» a quien rechaza las comodidades y muestra desdén por las posesiones materiales. El objetivo de la dieta era homogeneizar socioeconómicamente a los ciudadanos, al menos en apariencia, a través de un conjunto de restricciones relativas a la exhibición y el uso de la riqueza privada. Es así que Tucídides puede aseverar que en Esparta «por norma general los de mayor fortuna no mantienen grandes diferencias con el resto de la población»⁸, y Teofrasto, sucesor de Aristóteles al frente del Liceo, que allí «la riqueza no es objeto de deseo»⁹.

Pues bien, esa austeridad, que descansa sobre la idea de que las posesiones no están asociadas al mérito y a la virtud, es esgrimida como bandera de un carácter y de una forma de vida que contrasta fuertemente con los de Oriente, incluidos los griegos de Jonia, ganados por el lujo y la vida relajada, pero indirectamente también con los de sus «protectores» atenienses. Cuenta Heródoto que, tras la decisiva batalla de Platea en 479, el vencedor Pausanias, regente de Esparta, observó la opulencia que presidía la tienda del vencido, Mardonio, de modo que mandó a los cocineros persas que le preparasen una

cena tal y como hacían para su general, mientras que sus propios criados prepararían otra según el modo laconio; una vez dispuestas, Pausanias mostró con ironía a los estrategos griegos cómo Mardonio, acostumbrado a la suntuosidad y al exceso oriental, había querido robar a los espartanos, que con tanta moderación vivían¹⁰.

Es objeto de emulación igualmente el modo de hablar «lacónico», por el que se entiende, en la Antigüedad y en nuestros días, el expresarse con concisión, prescindiendo de todo ornato o información irrelevante, de una forma que *a priori* puede resultar un tanto ruda y áspera, pero, como veremos, con frecuencia rebosante de ingenio, ironía y una sabiduría ancestral. En el mundo antiguo ya era proverbial la renuncia espartana a la oratoria exuberante y persuasiva, tan querida de los griegos: «No es buen zapatero aquel que calza un pie pequeño con un gran zapato», opinaba el rey Agesilao II de un orador elogiado por saber amplificar temas nimios¹¹, mientras que de la comedia ática deriva la broma del paupérrimo campesino cuya tierra es más pequeña que una carta laconia¹². Se trata de una de sus señas de identidad, como queda de manifiesto en la diatriba contra la retórica del médico y filósofo pirronista Sexto Empírico:

En Esparta los rétores tienen prohibida la entrada y los éforos, los magistrados supremos, castigan al espartano que osa aprender en el extranjero una forma de hablar fraudulenta¹³.

En ocasiones los espartiatas muestran una evidente hostilidad hacia la retórica, como sucede cuando los exiliados samios solicitan la intervención de Esparta contra